

ABC *cultural*

Entrevista con
el autor ante la
publicación de
su novela «El
francotirador
paciente»

Arturo Pérez-Reverte
«El grafiti tiene que ser ilegal»

Portada

«El grafitero tiene derecho a llamarse escritor»

Arturo Pérez-Reverte ha recordado sus tiempos de reportero de guerra mientras preparaba su última novela, «El francotirador paciente». Una historia llena de peligro y de épica en la que el «spray» de los grafiteros sustituye a las balas

En la acogedora sala de Gobierno de la Real Academia Española, ante una hermosa estantería llena de gramáticas, cómodos sillones tapizados, una luz culta, que no hiera, aislados del silencio y los malos olores de Madrid, aunque el barrio de los Jerónimos es uno de los más liofilizados y nobles de la ciudad, Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951), escritor y periodista, habla de *El francotirador paciente* (Alfaguara), su última novela, dedicada a un arte que para muchos no es más que vandalismo, el grafiti. Para Pérez-Reverte, que ha vuelto a sentir activarse la adrenalina cuando acompañó a grafiteros en medio de la noche, siente admiración por los grupos marginales que se rigen por códigos estrictos para sobrevivir. El académico desde 2003 lo tiene claro: «El grafitero tiene derecho a llamarse escritor».

La palabra «francotirador» pertenece a la geografía física de Arturo Pérez-Reverte. ¿Incluiría en el título de su nueva novela un puente con el pasado, un guiño para sus devotos, una figura en la que de alguna forma se reconoce?

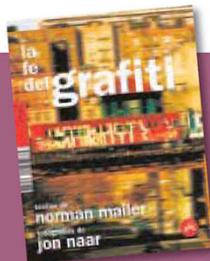
Es varias cosas a la vez. Me reconozco en cierta forma, esa especie de cierta independencia, cierto disparar sobre lo que crees oportuno, elegir tú el blanco del disparo y cuando disparas, la suerte de la vida que llevo. Tengo el privilegio de poder ser francotirador, y estoy orgulloso de ello, porque tampoco me lo han regalado. Pero es verdad que esa inde-

pendencia, ese no depender de nadie, ese no tener compromisos que te amarren excesivamente, sí tiene algo de francotirador, y es una palabra que me gusta.

Los grafiteros se llaman a sí mismos escritores. ¿Cuánto de ironía y de genuina admiración hay por parte del autor de la novela hacia esos amantes de la síntesis que usan las superficies urbanas como folio?

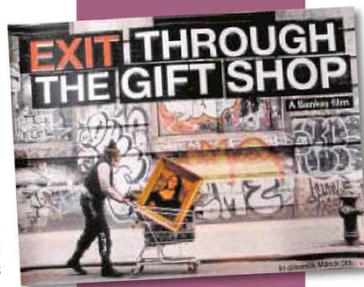
No hay ninguna ironía. No, no digo ironía hacia ellos, sino hacia su propio gremio de escritores...

Ah, en ese sentido, sí, claro. Hay una cosa muy singular, que es que la aspiración de todo grafitero es que lo vean, que lo lean, que lo lean mucho, que lo vean mucho. Un grafitero que se hace un vagón de metro, que se hace un vagón de tren, consigue muchos más lectores de los que puede conseguir un escritor de novelas. Yo tenía la idea de que el grafitero era un vándalo, y punto. Pero también sospechaba que era algo más complejo. Y cuando abordé esta novela me puse a estudiarlos, a leerlos, a mirarlos, a conocerlos, a hablar con ellos, y me di cuenta de que la cosa era mucho más compleja. El grafitero es alguien que quiere hacerse oír. Igual que yo soy alguien que quiere hacerse oír con la escritura. Otros hacen cine o hacen radio... Y estos se hacen oír pintando paredes. El dónde ya es otra cosa. Poner su nombre y hacer que la gente lo vea ya es una afirmación: existo.



DE MAILER A PÉREZ-REVERTE

«El francotirador paciente» (Alfaguara), la nueva novela de Pérez-Reverte, que se pone a la venta el día 27, gira en torno al universo del grafiti. El primero que escribió sobre él fue Norman Mailer. Lo hizo en «La fe del grafiti» (arriba), de 1973, donde abordó la génesis de este arte callejero sobre el que Banksy, uno de los más afamados artistas urbanos, dirigió en 2010 el documental «Exit Through the Gift Shop» (abajo, el cartel del filme)



El núcleo fundamental de los grafiteros –aunque hay niños pijos– son barrios pobres, marginales, de gente que no tiene ningún tipo de expresión. Para ellos su nombre en una pared es: escribo, luego existo, soy. Es más, hay códigos casi mafiosos entre ellos. La palabra *respeto*, que es de mafia, se utiliza muchísimo entre grafiteros. Cómo te haces respetar. No siendo bueno, que eso es un plus, sino poniendo tu nombre mucho, y en sitios peligrosos, así te haces respetar. Todo eso crea una serie de códigos expresivos. El grafitero es un tipo que tiene derecho a llamarse escritor. No es una palabra que hayan robado...

¿No es gratuito?

Tienen derecho, están escribiendo. Una mera firma en la pared te está contando una historia de marginalidad, de desesperación, de violencia, de ambición, de un montón de cosas. De respeto. Un tachado sobre otro... No es solo un tipo que vandaliza, que pinta una pared por joder. No, es muchísimo más complicado. Por eso la palabra *escribir* es legítima, tienen derecho a llamarse escritores. Si tuviera que titular este comentario, diría: El grafitero tiene derecho a llamarse escritor, tanto como tú o como yo.

A la intemperie, sin intermediarios, expuesto a la persecución de la autoridad, al plagio, al tachado, a la vida efímera. ¿Un canto a la imagen romántica del escritor que también ha sido devorado por el sistema?



“

Actitud vital

«Tengo el privilegio de poder ser francotirador, y estoy orgulloso de ello, porque tampoco me lo han regalado»

Su protagonista

«Para Sniper me inspiré en varias cosas, en Salman Rushdie, en Saviano, en Banksy, y en los grafiteros de la calle»

Es que hay romanticismo. Es que asombrosamente la palabra que más surge al verlos a ellos es *épica*. Yo con estos tíos he hecho lo mismo que hacía como reportero de guerra, arrastrándome de noche para entrar en sitios peligrosos. Es que yo, a mis sesenta y dos años, he entrado de noche en una cochera arrastrándome por el suelo pensando en qué dirían si me pillan. «Don Arturo, ¿qué hace usted aquí?». Si me pillan, vaya marrón me voy a comer.

Sería un buen titular: Un académico pintando en las paredes...

Pero es que planificando la operación, entrando, cortando lo que tienen que cortar, infiltrándose, jugándose la vida porque se meten por alcantarillas y túneles... La manera de acercarse al objetivo, todos vestidos de negro. Hay sin duda una *épica*, hay una parafernalia *épica*...

¿Fue muy complicado entrar?

Sí, claro. Pero tengo mucha experiencia. Si yo puedo convencer a un francotirador serbio de que me deje trabajar, o convencer a un guerrillero eritreo de que me deje vivo porque así puedo hacer un reportaje, ¿no voy a convencer a un grafitero? Aquí me han servido mucho los viejos trucos de reportero. Esta es una de esas novelas en las que he vuelto a desempolvar las viejas costumbres, como hice con el narcotráfico en *La Reina del Sur*: llegar a un medio hostil, penetrarlo, y sobre todo que no se den cuenta de que estás ahí. No puedes ir de corbata a Entrevías o a Villaverde Bajo y decir que vienes a escribir una novela. Y otra cosa muy importante: lo preparé mucho. Cuando llegué allí yo sabía de qué estaba hablando, no llegué preguntando: «¿Oye, qué es esto del grafiti?». Había leído en papel y en internet todo lo que había podido, hablaba su lenguaje, hablaba su jerga, y eso es muy importante.

Si es legal no es grafiti. ¿Está de acuerdo el autor con el evangelio de sus personajes?

Sí, completamente. Todo lo que aparece en la novela me lo han dicho. Yo no tenía formación grafitera. Cuanto hay en ella lo he adquirido en este proceso, con lo cual todo es de ellos. Lo que yo he hecho es administrarlo narrativamente. Y estoy de acuerdo en que el grafiti tiene que ser ilegal. **Cuando lo integran y lo meten en las galerías, se acabó.** Vivimos en un mundo de gillipollas, en el cual todos quieren



colonizar con lo políticamente correcto lo que no lo puede ser. Cuando un ayuntamiento decide preparar un espacio para que puedan hacer grafitis y deja de ser lo que era. Eso es otra cosa, eso es arte callejero, arte domesticado, arte institucional... Esa frontera entre arte callejero y grafiti se llama legalidad, a un lado y a otro. Este chico al que han pillado hace unos días, Lose, ese es amigo mío. Es un chaval no muy alto, tímido, que está en paro total, al que le van a pedir 30.000 euros. La madre está asustada, porque piensa en lo que le van a hacer. Lleva hechos 530 vagones de metro. Ellos mismos, sus compañeros, dicen que es un enfermo. Los mismos grafiteros. Y lo respetan. Es el rey. Es que es Lose. Se juega la vida para hacerse un metro, y es un tío, además, que se ha ido a Berlín, a Moscú, en autostop, sin un puto duro, durmiendo en el suelo allí, en un cajero automático, para hacerse un metro. ¿Que es vandalismo? Sí. ¿Que es reprobable? Sí. ¿Que la ciudad es más fea con eso? Sí. Pero hay una épica interna del asunto que a gente como nosotros nos resulta fascinante. En esta novela yo no intento disculpar a los grafiteros. La muevo por ese mundo. ¿No sería adecuado incluirlos entre los grupos antisistema?

No, no. Lo que no quiere decir que no los haya. Pero el grafitero no milita. Lo importante del grafitero es la firma; poner una frase, un dibujo, es algo complementario. El grafitero puro lo que pone es su nombre, su firma. Podrían hacer eso de una forma reivindicativa, como hacen algunos. Pero el 80 por ciento es una afirmación personal, no es una lucha política.

¿Es el grafiti una suerte de réplica a la estética liofilizada del consumo, de la publicidad que todo lo invade, hasta Vodafone Sol?

En ese sentido, sí, sin duda. Hay una cosa que me han dicho todos, y no solo los españoles, sino también los italianos y los portugueses. Es que me llenan la ciudad de tías en sujetador, de políticos sonriendo, de anuncios de coches. Todo el mundo me viene con su mierda, y resulta que lo mío es delito y antiestético, pero que me llenen una pared de carteles con caras de políticos, eso sí es ético y es estético. Y ahora interviene Pérez-Reverte: me parece más obsceno todavía que quien ha hecho de la imagen y de la invasión del espacio público

un campo de batalla absolutamente perverso se atreva a condenar a un tipo que pone su nombre en el mismo lugar.

¿Todo empezó con Muelle? Sí, todo empezó con Muelle. Es una historia muy bonita: los flecheros. Muelle empezó con ellos, era un tío estupendo, un chico de Campamento. Un día le conocí. Era un tío con gafas, encantador, y además no pintaba nunca en según qué sitios. No era un vándalo. Tenía una ética. Y él dio lugar al grafiti autóctono madrileño, los flecheros, que firmaban con una flecha debajo. Él murió de una afección del hígado, y el grupo de los flecheros, que no era exactamente un grupo, evolucionó hacia el grafiti americano, y desapareció.

¿En quién se inspiró para crear la figura de Sniper?

En varias cosas, en Salman Rushdie, en Saviano, en Banksy, y en los grafiteros de la calle. Es un híbrido muy complejo...

¿Pero no hay nadie ni remotamente parecido?

No, no. Sniper es un terrorista, un terrorista ubano que en vez de poner bombas...

¿Son los grosos y el palancazo las grandes aportaciones de Madrid a la cultura global del grafiti? Podría explicar a los lectores más ajenos a este mundo lo que son estas dos estrategias o estilos grafiteros.

El grosor es una técnica que me comentó un grafitero, pero tampoco estoy tan seguro de que sea verdad. El palancazo es otra cosa. El palancazo ocurrió con unos grafiteros en los años noventa, en un tren, y lo cuento como ocurrió: unos grafiteros que iban pintando en un tren lo pararon con la palanca de emergencia y terminaron de pintarlo. Y eso acabó popularizándose. Tiraban de la alarma, se bajaban por la puerta de acople, pintaban y se iban corriendo. Ahora lo que hacen, como Lose, por ejemplo, es tirar de la alarma, el metro para en el túnel, los tíos saltan fuera, pintan y se piran por los respiraderos. Primero estudian el terreno como soldados. Saben que hay un respiradero. Cuando ibas a la guerra, ¿qué hacías? Estudiar las vías de escape. Lo que hacen los tíos es que paran el tren en el sitio exacto, pintan y se escapan por ahí. Porque no pueden escaparse por las vías ni por la estación. ¿Cómo no te va a seducir gente que se lo monta de esa manera?

¿Contra quién va este libro? ¿Contra un mercado del arte vendido al dinero?

Sin duda. Pero en vez de opi-



Trabajo de campo
«A mis sesenta y dos años, he entrado de noche en una cochera arrastrándome por el suelo pensando en qué dirían si me pillan»

Radiografía social
«Vivimos en un mundo de gilipollas, en el cual todos quieren colonizar con lo políticamente correcto lo que no lo puede ser»

La RAE
«Hay cosas de la Academia con las que no puedo. Hay claudicaciones»

nar yo, porque eso ya lo hice en *El pintor de batallas*, en este caso lo pongo en las voces de otros. Va contra el sistema del mundo del arte, que es absolutamente corrupto, y absolutamente irreal y desproporcionado, y además está en manos de galeristas sin escrúpulos y de críticos comprados por esos galeristas. Pero eso no quiere decir que yo esté contra el arte moderno, hablo de los grandes manipuladores. Los que se infiltran en el arte moderno y los golfos que hacen negocio, justificando que eso es arte moderno.

Ya no quedan muchos espacios para la subversión. ¿Lo es el grafiti?

Sin duda, sin duda. Pero insisto en que el grafiti puro, y no me canso de insistir en ello, porque Sniper no es un grafitero, Sniper es un artista callejero y un terrorista urbano. Hay un artista callejero, e incluso un grafitero que puede ser subversivo, pero el grafitero de verdad ni siquiera es subversivo: grita nada más. Es

un grito, ni siquiera es un mensaje. Existo, estoy aquí, soy. Mamá, tu hijo no es un fracasado, mi nombre está en la pared y la gente del barrio lo conoce. Me llamo Lose...

Es como escribir en una especie de libro móvil que es el metro, en Entrevías, y el vagón entra en la ciudad...

Rula. A eso lo llaman ellos rular. Y para ellos que rule es que la gente lo vea.

¿Se siente cómodo en la piel de académico?

No, realmente no. Me siento, me adapto, hago mi trabajo con la mayor dignidad que puedo, y colaboro en cuanto puedo, comprendo las necesidades de esta institución, estoy orgulloso sobre todo de su proyección americana, pero hay cosas de la Academia con las que no puedo. Hay claudicaciones. Por su mismo carácter institucional la Academia se ve obligada a aceptar claudicaciones, mansedumbres y prudencias que a veces no debería, y eso hace que la Academia no siempre deje oír su voz sensata,

PÉREZ-REVERTE EN LA GUERRA DEL GRAFITI

No es frecuente que un escritor consagrado, que ha definido un estilo de novelar, se lance a territorios inexplorados, como si lo consiguiera hasta ahora no fuese suficiente. O como si la aventura y su riesgo formaran parte de su vocación. A ella se entrega Arturo Pérez-Reverte como si se tratase de un joven periodista que tuviera que cubrir una guerra, y allí lo tuviéramos, en la trinchera.

El mundo del grafiti tiene mucho de guerra, desarrollada a modo de guerrilla urbana protagonizada por jóvenes extraterritoriales que ejecutan sus batallas con la misma ambición de vencer al enemigo, que responde al nombre de capital, sistema, hipocresía política. Y como toda guerra, tiene sus héroes, sus mitos.

Pérez-Reverte se ha metido en ese mundo y entrega sobre él una novela magnífica, redonda. No es únicamente que la leas sin poder dejarla, animado por una intriga dosificada con maestría que tiene al lector en suspenso. Es que amolda muy bien la estructura a una aventura de conocimiento.

Toda la novela es la persecución de una figura, Sniper, el grafitero al que todos siguen y admiran pero al que nadie ve, porque vive escondido. Sale únicamente para perpetrar ataques cada vez más atrevidos contra el sistema.

Mirada lúcida

Sniper está desaparecido, y corresponde a Alejandra Varela, una especialista en arte urbano, encontrarlo. Pérez-Reverte deposita otra vez en una mujer la responsabilidad de la mirada lúcida. Como le ocurre a los héroes de este autor, también Alejandra es una heroína cansada, por desengaños vitales y por tragedias personales que el lector conocerá poco a poco. La lucidez se comparte con las heridas. Ese es el mundo de Pérez-Reverte, que aumenta en cada libro el recorrido por los engaños. Si acaso, en *El francotirador paciente* añade a Teresa Mendoza, Alatríste, Mecha Inzunza y Max Costa una condición: su lucidez es más social, se vertebra en torno a una crítica a las condiciones del sistema y al comercio del arte.

La estructura literaria es la

que mejor se aviene a lo que se conoce como *quête*, una búsqueda, la persecución de un personaje, pero también la resolución de un enigma, porque Sniper tiene un secreto escondido, no estamos seguros de si todo en él es verdadero o una estrategia comercial.

Esta es la novela más conradiana de Pérez-Reverte, porque Alejandra camina hacia Sniper como Marlow lo hizo hacia Kurtz en *El corazón de las tinieblas*. Al igual que en esa obra maestra, el perseguido no aparece hasta el final.

Ambiguo y terrible

La novela tiene dos planos: el primero sigue esa estructura literaria de pesquisa, con ingredientes del *thriller* que además se benefician de la marca Pérez-Reverte en cuanto a la calidad con la que los escenarios y atmósferas son reconstruidos: Lisboa, Verona, Roma, Nápoles. El otro plano es la introducción al lector en el mundo del grafiti, sus orígenes, corrientes, mitos y lenguaje.

Si para que una novela sea buena resultan importantes el ambiente, los espacios y el lenguaje, donde mejor se realiza es en los personajes. El de Alejandra Varela, lesbiana que ha

vivido una ruptura trágica y que se mueve administrando muy bien el control de sus sentimientos y una perspicaz inteligencia. El de Sniper, ambiguo y terrible. Y junto a ellos, secundarios antológicos.

Como la novela está narrada en primera persona y precisa de reflexiones, son fundamentales los diálogos, que proporcionan un punto de vista subjetivo y perspectivístico sobre ese mundo subterráneo, apasionante, que este novelista experto e inquieto saca a la superficie. Otra guerra magistralmente contada.

J. M. POZUELO YVANCOS

EL FRANCOOTIRADOR PACIENTE ARTURO PÉREZ-REVERTE

Narrativa
Alfaguara,
2013
19,50 euros
E-book:
9,99 euros
★★★★



«Todo empezó con Muelle –asegura Pérez-Reverte en esta entrevista–. Él dio lugar al grafiti autóctono madrileño». Arriba, uno de los pocos dibujos de Muelle que quedan en Madrid. Abajo, grafitis de Banksy y Lose



prudente y ecuaníme sobre asuntos que debería. Cuando hay gente que acude a la Academia, como acude, pidiendo auxilio, ayuda, en diversos niveles de cosas, políticas, socia-

les, la Academia por razones de prudencia institucional –que por otra parte comprendo– no está a la altura de esa demanda, y en eso yo me siento avergonzado y me siento un poco al margen de la Aca-

demia. Pero eso le pasa a algún académico más, no solo a mí. ¿Qué piensa de la posteridad? Si hemos visto arder la biblioteca de Sarajevo... [y se ríe con una mezcla de ternura y sarcasmo, como ante la siguiente pregunta].

¿Le da miedo la muerte? Intentaré dar una respuesta que no parezca una pedantería. Digamos que una muerte serena nunca tiene que dar miedo y los libros leídos y escritos ayudan a que una muerte sea serena. Escribir novelas y leer libros buenos es una forma de preparar ese escenario de serenidad en el cual la muerte será una parte inevitable y la regla final de las reglas de juego.

La última. ¿Quién es Arturo Pérez-Reverte?

Un tipo que anduvo con una mochila llena de libros a la isla de los piratas, volvió y ahora, con los libros leídos y la vida propia, cuenta sus propias historias.

ALFONSO ARMADA